

Paradoja de la desobediencia civil en Venezuela: la frustración de la acción colectiva

Mariam Pierina Pérez

Resumen

Analizar la desobediencia civil y las implicaciones que este fenómeno ha traído colateralmente para la oposición venezolana son los propósitos que nos ocupan en este artículo. Con mayor precisión este tema será abordado desde la óptica de la *rational choice*, para explicar el fracaso de la desobediencia civil en su forma de acción colectiva. En este sentido, nos disponemos a dilucidar cómo intereses individuales (*free rider*) se han favorecido de la acción total del grupo (voluntarismo), generando con ello desconfianza dentro de los sectores que organizan la protesta, así como de las clases que la apoyan. Quedando demostrada las alteraciones que sobre las acciones de grupo ejercen las conductas racionales y las conductas emotivas. Asimismo, esta deducción metodológica estará acompañada de algunas aproximaciones sobre el devenir político del país haciendo uso de la teoría de los juegos. No sin antes dejar abierto el tema para calibrar la repercusión que sobre América Latina ha tenido recientemente la desobediencia civil.

Palabras clave: desobediencia civil, acciones de grupo, conductas racionales y emotivas.

Venezuela Civil disobedience's paradox: Collective action frustration

Abstract

The purpose of this paper is to analyze civil disobedience and their collateral implications for the Venezuelan opposition. More precisely, rational choice will be the approach to explain the failure of civil disobedience as collective action. We attempt to disentangle how individual interest has helped the whole group's action (voluntarism), producing mistrust among the sectors organizing the protest as well as its supporting social classes. Therefore, alterations of rational choices and emotive behaviors on group actions are demonstrated. Moreover, using Game's Theory and leaving open the theme to calibrate recent Latin American civil disobedience's repercussion, this methodological deduction will be put together with approximations on the country's political fate.

Key words: Civil disobedience, group actions, rational and emotive choices.

Recibido: 10/05/2006 / Aceptado: 18/11/2006

1. La desobediencia civil en América Latina: ¿una nueva forma de hacer política?

A propósito de las crisis políticas que se han venido suscitando, especialmente en el sur del continente americano en los últimos años, la invocación que parece cobrar mayor fuerza entre nuestras mal gobernadas sociedades es la desobediencia civil. Este mecanismo ha puesto en manos de los ciudadanos una potente arma que, como ya hemos visto, hace falible lo que parecía el todopoderoso gobierno provisto de los considerables recursos del Estado. Las desobediencias urbanas, como es el caso de Argentina y Venezuela, por sólo nombrar dos casos, y las de base de apoyo fundamentalmente indígena, como en Bolivia y Ecuador (en menor medida), han partido de exigencias aparentemente reformistas hasta alcanzar unas implicaciones políticas de mayor amplitud, propiciando la dimisión de gobiernos (unos más que otros) empeñados en hacerles resistencia. La desobediencia que se ha llevado a cabo en estos países se ha caracterizado por objetivos muy ambiciosos desde el comienzo, y han estado encaminadas al acoso y derribo de un gobierno apelando a la incursión militar.

Hemos visto cómo la desobediencia civil se ha convertido en una constante que ha removido gobiernos democráticamente electos, luego que estos no han dado respuestas eficientes a una sociedad ávida de carencias materiales principalmente. Tras la organización de la sociedad en sectores, grupos y clases sociales para defender su interés de manera colectiva, se erige la sociedad civil organizada. De esta manera, la desobediencia civil expresa sus críticas al aparato gubernamental para lograr su deslegitimación y propiciar la interrupción de mandatos presidenciales que se consideran contrarios a los requerimientos del pueblo. A excepción de Chile, Colombia y Paraguay, las salidas anticipadas de presidentes como Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia, Jamil Mahuad en Ecuador, Fernando de La Rúa en Argentina, y la intempestiva salida y retorno de Hugo Chávez en Venezuela, son muestras fehacientes de los alcances de la desobediencia civil para frenar lo que, en muchos casos, son arbitrariedades de un gobierno que toma decisiones sin consultar a la sociedad civil, que sobrepasan los canales institucionales o que simplemente representan malos gobiernos.

Las crisis políticas desatadas a partir de movimientos sociales declarados en desobediencia civil, han hecho que en Argentina y Bolivia la resolución de conflictos haya estado caracterizada por arreglos

institucionales, como el acuerdo y la entrega anticipada del mandato según lo establecido en sus respectivas Constituciones. En los casos de Venezuela (donde no se consiguió el objetivo) y Ecuador, la ineficacia de los mecanismos institucionales contribuyó a que la irrupción militar tomara parte, teniendo como desencadenante los derrocamientos por golpes militares. Estas interrupciones tienen como particularidad que han sobrevenido durante la primera mitad del período de gobierno, coadyuvando esta característica a que los gobernantes no presten mayor importancia a las persistentes protestas, y para el momento que lo hacen, ya éstas han tomado una ventaja y fuerza difícil de distender.

Por tanto, es importante señalar que la insuficiencia de mecanismos institucionales para dirimir los conflictos socio-políticos representa para estos países una vulnerabilidad a superar. De lo contrario, siempre existirá la excusa para una movilización política cada vez más violenta y en la que las insurrecciones militares para debilitar a los gobernantes se conviertan nuevamente en la pauta a seguir, hechos que no contribuyen con la estabilidad de nuestras nóveles democracias, que aún se encuentran en proceso de reinversión. Demostrando la debilidad de una cultura política democrática por parte de los gobernantes y de la sociedad civil, y de parámetros de acción que ambas esferas deben respetar y concederse, impulsando el dialogo y el entendimiento antes que la confrontación. Pues hay que tomar en cuenta que la caída de un gobierno perjudica a todos por igual, ya que se socavan las bases del imperio de la ley y esto podría conllevar a contextos de conmoción social y política por tiempos indefinidos e impredecibles. De allí que la desobediencia civil sea impulsada en casos verdaderamente extremos y en los que prive la unidad de propósitos para unos objetivos bien establecidos en cuanto a lo que se desea obtener luego de conseguido el fin que movió a la desobediencia civil.

En los actuales momentos, se presenta en Venezuela un hecho de particular significación que hace referencia a *la desobediencia civil* como fenómeno socio-político que ejerce presión sobre el gobierno para conseguir su deposición o por lo menos deslegitimarlo. Sin embargo, dichos intentos han resultado infructuosos. Es por esto que nos disponemos indagar y analizar las causas que conllevaron a parte de la sociedad venezolana y de la Fuerza Armada Nacional a declararse en desobediencia. En este sentido, los hechos acaecidos el 11 de abril del 2002 y el 2 de diciembre del mismo año, nos servirán como base empírica

para alternarla con la moderna Teoría de la Acción Colectiva. No sin antes dejar de mencionar que este hecho se presenta como un acto de carácter liberal en el que las pretensiones individuales-privadas esperan ser llevadas al plano de lo colectivo-público y que estas sean tomadas con buen grado. De esta manera tenemos que la desobediencia civil es llevada a cabo como un proceso de oposición pública a una ley o política adoptada por un gobierno establecido. Ésta cuenta con una acción premeditada en la que los actores que la desarrollan están concientes de su discutible legalidad para obtener unos fines sociales concretos a través de medios cuidadosamente escogidos, que intentan hacer pasar como éticamente justificables. Es decir, no se trata de un hecho espontáneo o improvisado. En todo caso, quienes lo promueven recurren a la idea de que se es mejor ciudadano desobedeciendo que obedeciendo. Para ello, estiman que la obligación de obedecer a un orden gubernamental desaparece cuando se pretende imponer leyes injustas (carentes de consenso en el cuerpo legislativo, no representativas de la pluralidad social, más bien arbitrarias y discrecionales), leyes ilegítimas (proveniente de quien no tiene el poder para legislar) y la ley inválida (inconstitucional).

De esta manera, apreciamos que parte de la sociedad venezolana encuentra en el gobierno de Hugo Chávez, con tendencia hacia el decisionismo, un obstáculo para sus prácticas liberales acomodaticias, desafiando normas generales de convivencia (no con ello garantes de la paz social). En este sentido, con la desobediencia civil se busca socavar las fuentes de poder del oponente, movilizándolo la sociedad civil para que retire el consenso al Estado. Con este propósito, es arrastrado para tales fines al estamento militar en disconformidad con el gobierno. Su posición hobbesiana ante el temor al caos, razón que arguyen puede desencadenar el gobierno de Chávez, se fundamenta en que el Estado se construye para evitar la guerra civil, si no cumple con esta misión hay que hacerle oposición y desobedecerlo. Esta aprensión viene dada toda vez que para los militares rebeldes, en esta situación pierde funcionalidad el aparato estatal, la conservación de lo establecido, la insociabilidad de los ciudadanos, en resumen, la muerte del Estado mismo.

Por ello, los peligros que conlleva la desobediencia civil se ven reflejadas en altos grados de perturbación social y la inminencia de que otros poderes se confieran el mando del Estado para derrocar una democracia. Del lado positivo, la desobediencia civil contribuiría con

proteger y dar cuerpo al sistema democrático, blindar la posibilidad de golpes militares (no se cumplió en Venezuela), formas de autoritarismo subrepticio con maniobras que le permitan hacerse con el poder casi absoluto, amparados en un gobierno legalmente elegido (tendencia que se le adjudica al gobierno de Chávez). A su vez, la desobediencia civil planteada en Venezuela se precia de actuar jurídicamente, dotando al pueblo del artículo 350 de la Constitución Nacional en vez de recurrir a la fuerza. Así, tenemos en la desobediencia civil la versión moderna, pacífica y civil de la sedición contra gobiernos con tendencias autoritarias. En otras palabras, la desobediencia civil no va contra el sistema, sino contra quienes pretenden desviarlo.

Vale decir, la desobediencia civil se utiliza como instrumento para superar contradicciones sociales e ideológicas, aglutinar descontentos y presentarlos de forma colectiva al Estado para un fin superior, un trato justo en defensa de las libertades individuales. De esta manera, la desobediencia civil se presentaría como una herramienta de cambio crucial para la democracia liberal y constitucional, en vista de que una acción de este tipo para influir en la sociedad política con el propósito de proteger los derechos de la sociedad, sería la única acción política ilegal o extra-institucional que tomen los ciudadanos y que pueda llegar a considerarse legítima. La desobediencia civil basada en la justicia consiste en la defensa de los derechos de una minoría contra los intereses o los objetivos de la mayoría. El romper una ley por cuestiones políticas se basa no en la creencia de que una política es inmoral o injusta, sino porque se perfila como imprudente, estúpida y hasta peligrosa para la sociedad¹. Ambos casos son esgrimidos por la oposición venezolana para incurrir en desobediencia².

Ahora bien, si tomamos en cuenta la relativa desigualdad de fuerzas entre la sociedad civil y el Estado, este último, por tener el monopolio legítimo de la fuerza, poseería una ventaja considerable frente a los desobedientes. Pues estaría en su legítimo derecho y deber de utilizar la coacción física y legal para contribuir con la estabilidad del sistema “democrático”, en el cual los defensores del poder estatal se estarían camuflando para aplicar leyes que van en detrimento de los derechos y posesiones de los ciudadanos. Es allí cuando los comprometidos en hacer resistencia a tales políticas deciden arriesgarse en tal empresa, que inexorablemente reporta secuelas no siempre pacíficas³. Las exigencias aparentemente reformistas de una desobediencia civil pueden tener unas

implicaciones políticas de mayor envergadura, originando, por ejemplo, la dimisión de un gobierno. Ello indica que ante objetivos ambiciosos (acoso y derribo de un gobierno) se requiere del empleo de medios que garanticen la efectividad de la acción, sean cuales fuesen los costos⁴.

2. Acción colectiva en el paradigma de la desobediencia civil y su aplicación al caso venezolano

Hablar de la desobediencia civil y militar durante el año 2002 hasta comienzos del 2003 en Venezuela, reporta un sinnúmero de paradojas, por cuanto lo que se cree verdadero resulta absurdo, y lo absurdo verdadero. Si bien es cierto que las estrategias planteadas por parte del frente opositor al gobierno de Hugo Chávez parecían dirigidas a formar una acción colectiva concertada, no se reflejó así en los cursos de acción tomados del 11 al 14 de abril, y que subsiguientemente influirían en las acciones del 2 de diciembre. Las luchas sociales, en este caso de desobediencia civil y militar, son racionales y no instintivas y/o emocionales. La acción colectiva llevada a cabo en Venezuela se orienta tanto a formas racionales y estratégicas como a formas expresivas y emotivas.

3. Causas que originaron la desobediencia civil en Venezuela y las implicaciones de este fenómeno en el país

Resulta contradictorio hablar de desobediencia civil en Venezuela, ya que todos los intentos hechos hasta ahora y remitiéndonos sólo a los sucesos del 11 de abril y 2 de diciembre del 2002, suponen violaciones de la ley, y al mismo tiempo en la Constitución el artículo 350 consagra el “derecho a la desobediencia”. Supone un hecho netamente civil y pacífico, y en el caso de Venezuela intervienen militares con uso legítimo de las armas. Y lo más paradójico es que una desobediencia con unas condiciones muy favorables para lograr la consecución de sus fines, fracasó. Por tanto, nuestra desobediencia es confusa y *sui generis*, por cuanto el 11 de abril y los días sucesivos desencadenaron en lo que muchos califican como “un golpe de Estado”. Mientras que el 2 de diciembre, con una huelga de trabajadores (principalmente los de Pdvs), un importante grupo de militares declarados en desobediencia legítima en una plaza pública y un paro de dos meses, no lograron colapsar el gobierno. Sin embargo, todo hacía suponer que por parte de la oposición existía cierta coherencia, unidad de criterios, de decisiones y acciones,

tomadas de manera colectiva. Todo evidenciaba que el objetivo principal, que era deponer a Chávez y su régimen, contaba con estrategias concertadas y uniformes.

Por otra parte, en el 2002 muchos venezolanos llegaron a ver la insurrección militar como igualmente válida para desplazar a Chávez. Tanto para los civiles como para los militares, los asuntos castrenses y políticos habían dejado de existir en esferas separadas, y se ponía de manifiesto que, en nuestro país, civil no derroca gobierno. Es entonces cuando la violencia del 11 de abril convenció a muchos militares de la inconveniencia de seguir siendo leales a Chávez. Al respecto, el ascenso de Carmona a la Presidencia inicialmente fue avalado por el propio ejército, como fórmula para evitar un vacío de poder y coordinar la transición. Intempestivamente, todo indicaba que se abriría un nuevo período de quiebre institucional, y que ahora se trataba no de la oposición en la calle, sino de un gran número de personas pidiendo el regreso de Chávez, desacatando al nuevo gobierno. Los sectores declarados en desobediencia, entre ellos el castrense, se preguntaban si era correcta la utilización de la población más humilde de la nación para amenazar y conseguir objetivos políticos.

Entre tanto, las acciones tomadas por el gobierno de Carmona en su decreto y contra funcionarios del gobierno depuesto (mientras que todos aducían que la renuncia de Chávez era falsa), desató un clima de mayor tensión, obligando a los militares que habían apoyado a Carmona a redimensionar el panorama y a restablecer el entramado institucional disuelto. Primero, para no ser co-partícipes de lo que ya se calificaba como un golpe de Estado y, segundo, porque el mantener el gobierno de Carmona representaría unos costos sociales cruentos. Ni para el gobierno, ni la oposición existían posibilidades de diálogo luego de los hechos del 11 de abril. Esta incompatibilidad dejaba abierto el camino para otros eventos. Las políticas del gobierno no variaron, no se produjeron rectificaciones y, por tanto, para la oposición éste seguía siendo un gobierno arbitrario, que emanaba leyes injustas y con claras tendencias autoritarias. Por ejemplo, esta posición del gobierno llevó a los adversarios de Chávez a percibir la política económica como una situación de *zero sum game*, en la cual la ganancia de un grupo se obtiene a expensas del otro. Es así como nuevamente se recurre a las alianzas políticas, por de más inéditas, creándose la Coordinadora Democrática. Allí vuelven a reunirse los grupos económicos, sindicales, partidos

políticos, medios de comunicación y ONG's, entre otras fuerzas opuestas al gobierno. En la Coordinadora se buscaba un punto de encuentro entre tantos intereses contrapuestos, como se evidenció el 11 de abril. No obstante, el objetivo era lograr una unidad dentro de la diversidad, con el propósito de deponer el gobierno de Chávez. La Coordinadora se convirtió en el centro de estrategias para la oposición. Toda manifestación, mensaje y decisión eran emitidas bajo la aquiescencia y respaldo de la Coordinadora, como forma de demostrar al país la unidad de propósitos frente al gobierno. Pero también, dejaba ver el grado de desconfianza dentro de los grupos involucrados en esta alianza. El temor a las traiciones y a las posiciones adelantadas fue y sigue siendo el punto débil de la oposición.

4. “La lógica de la acción colectiva”: sociedad civil y su derecho a la participación política

Esta teoría estudia el desenvolvimiento de los grupos, y más aún el hecho de que algunos individuos decidan actuar en pro de un beneficio colectivo; esta teoría trata de explicar “...qué es lo que invita a un individuo a tomar parte en una acción que supera su propia individualidad y desestima, en buena medida, la singularidad de su propio actuar...”⁵. Y así, Mancur Olson afirma en su ensayo *La Lógica de la Acción Colectiva* que existe una suposición errónea en cuanto a la conducta de los grupos que llevan a cabo una acción colectiva, los cuales se perciben como estructuras organizativas con una tendencia a satisfacer los intereses de sus miembros. Esta afirmación nos presenta un escenario en el que los intereses compartidos son suficientes como para llevar a cabo una acción concertada, en la que cada grupo o individuo involucrado en la acción, en este caso de desobediencia civil, aportará equitativamente recursos para obtener un resultado óptimo para todos. Sin embargo, para Olson es aquí donde se presenta la paradoja para quienes participan en la acción colectiva, al señalar que: “La inversión de tiempo, trabajo y dinero que puede emplear un individuo que desea ejercer presión, bien sea sobre un gobierno, legislación o empresa, tendrá como ganancias, a veces imperceptible que la causa avance y simplemente habrá conseguido una mínima participación en la ganancia que obtenga de la acción (...) Es decir, que si un individuo actúa en la acción colectiva sólo motivado por el deseo de que el objetivo de la acción se consiga sin importar los costes que esto genere, entonces estaría actuando con una conducta emotiva, pues no estaría tomando en cuenta que los que no contribuyen para nada

al esfuerzo conseguirán tanto como los que hicieron su aporte personal (...) los grandes grupos, por lo menos si están compuestos por individuos racionales no actuarán a favor de sus intereses de grupo”⁶.

De esta manera, nos aproximamos a develar el fracaso de la desobediencia civil en Venezuela, ya que ésta se ha planteado como un acto ideológicamente liberal y se ha concertado como una acción estratégica pluralista entre los diferentes sectores económicos (principalmente la Federación de Cámaras de Empresarios, Comerciantes y Productores, Fedecámaras), políticos (partidos políticos), militares (compuesto por un grupo de oficiales de alta graduación de los distintos componentes de las FAN), sociales (ONG’s, medios de comunicación, Iglesia), laborales y sindicales (representados por la Confederación de Trabajadores de Venezuela, CTV, y las nóminas de trabajadores despedidos de Pdvs, entre otros gremios y sindicatos), en contra del gobierno de Hugo Chávez. Así, observamos cómo un frente que se presenta como homogéneo y monolítico ante la sociedad para impulsar la desobediencia civil como forma de acción colectiva, posee dentro de su estructura intereses particulares que buscan beneficiarse de la acción conjunta de todos los sectores involucrados en el hecho (egoístas). Es decir, que ciertos grupos estarían conduciéndose de una manera más racional que otros. No obstante, el hecho de que el fin de la acción colectiva sea compartida por todos (deponer al gobierno), supondría una gran ventaja para el grupo. Esta homogeneidad además de contribuir con la fluidez de la acción colectiva, ayuda a lograr la coincidencia de opiniones, factor fundamental para que los convocantes a la acción obtengan credibilidad y por tanto mayor capacidad de adhesión. Asimismo, es posible encontrar dentro de la organización que va a servirse de la acción colectiva que: “...Antes de invertir una gran cantidad de dinero o de tiempo, y en especial, antes de hacerlo repetidamente, el individuo racional reflexionará acerca de que va a lograr mediante un considerable sacrificio...”⁷.

Los hechos del 11 de abril de 2002, explicados desde la teoría de la acción colectiva, dejan entrever que una estrategia que parecía concertada, tuvo como resultado perjudicial para la acción colectiva que sólo algunos sectores (en este caso el militar y empresarial), el primero conformado por un importante sector de la Fuerza Armada Nacional, y el segundo por la Federación de Cámara de Empresarios, Comerciantes y Productores (Fedecámaras), asumieran para sí las mayores ventajas

de la acción colectiva. Aún y cuando para ello la desobediencia civil degenerara en lo que para algunos fue un “golpe de Estado”. O, en un sentido más ajustado a los acontecimientos, si la contribución de estos dos sectores sería mayor, mayores habrían de ser sus ganancias. En todo caso, el objetivo a alcanzar requería de la colaboración y el esfuerzo de todos los sectores involucrados, pues de esta manera igualmente los costes serían inferiores que si actuaran individualmente. Este dilema lo presenta la teoría de la acción colectiva aseverando que: “Aunque todos salen mejor parados si la cooperación se generaliza que si nadie coopera, lo cierto es que, tomados uno a uno, a cualquiera de los individuos les conviene no cooperar si obtienen de forma gratuita los bienes colectivos que los demás, con su aportación generosa (económica, en forma de esfuerzo físico, intelectual) contribuyen a generar...”⁸. Por esta razón, la teoría de la acción colectiva presupone una incompatibilidad tanto de intereses como de conductas. “Sólo los/as individuos toman decisiones, con las miras exclusivamente puestas en sus intereses particulares. En virtud de estos intereses rehúsan participar, por regla general, en acciones colectivas en pos de bienes públicos, sean cuales sean los beneficios que estos acarrearán (...). La contribución de un individuo a una causa colectiva raramente resulta determinante. El éxito o fracaso de cualquier iniciativa colectiva no depende del esfuerzo de tal o cual individuo, sino de que haya suficientes individuos incentivados para contribuir a la causa...”⁹.

Por otra parte, existe la necesidad de hacer mención al tipo de acción colectiva que en el caso venezolano pasó de un acto “institucional-convencional” (a saber de la desobediencia civil prevista como un derecho en el artículo 350 de la Constitución Nacional) a uno “no institucional-colectivo” (en vista del desencadenante del 11 de abril y la incursión de la FAN, calificado como un golpe de Estado). En este sentido: “La acción no institucional-colectiva no se produce al amparo de las normas sociales existentes (como ocurre en el caso de la acción institucional-convencional) sino que se desarrolla para hacer frente a situaciones indefinidas o “inestructuradas”. Consiguientemente, los cursos de acción que la generan seguirán pautas de definición y estructuras coherentes con dichas situaciones. Estas situaciones son comprendidas en términos de “ruptura”. Una quiebra o derrumbamiento, debida a cambios estructurales, que producen la integración normativa”¹⁰. Esta apreciación de la sociología nos acerca a explorar la multiplicidad de formas de

acción política que se presentan en las sociedades contemporáneas, y Venezuela no escapa a ellas. Estas formas de participación no convencional o de “acción política directa”, vengan del ámbito civil o del militar, se perciben “...dentro del modelo pluralista [que] permite entender la protesta y la acción política directa no como una amenaza de desestabilización del sistema político, sino simplemente como unos elementos más de un repertorio ampliado de acción política...”¹¹.

Pero ahora, volviendo a la lógica de la acción colectiva que nos plantea Mancur Olson, la razón por la cual un individuo o un grupo de ellos decide cooperar en una acción colectiva es porque el cálculo de costo-beneficio que establece le es favorable según sea la magnitud de los famosos “incentivos selectivos”: “Olson considera que la cooperación tiene lugar en dos tipos de situaciones. En primer lugar, la cooperación es posible cuando el interés de alguna de las personas (o coalición de personas) en el bien público es tan grande que prefiere producirlo unilateralmente antes que quedarse sin él, aunque los demás puedan aprovechar su esfuerzo generoso permaneciendo de brazos cruzados. Es decir, los beneficios marginales que reporta su contribución exceden sus costes marginales. Olson llama *privilegiados* a los grupos que albergan en su seno personas o coaliciones de personas con semejante interés en un bien público (...) En segundo lugar, Olson considera que la cooperación puede inducirse por medio de los llamados incentivos selectivos. Se trata de bienes privados que un agente externo administra de forma selectiva”¹². Estos llamados incentivos, bien sea tangibles o no, contribuyen a que se haga más evidente la presencia de los llamados *free rider*. Con este termino, Olson se refiere a aquellos individuos que se benefician de la acción colectiva sin haber participado en ella. Por lo tanto, una conducta racional presupone que es mejor servirse de la acción colectiva contribuyendo ínfimamente y así obtener ganancias superiores. Es decir, que las pérdidas no se corresponden con las ganancias, pues las primeras son marginales mientras que las segundas son muy superiores a lo invertido. Así, y siguiendo la lógica de la acción colectiva, el dilema que se le presenta a uno o varios individuos como el descrito anteriormente, puede equipararse al *dilema del prisionero*. “En el dilema del prisionero cada prisionero elige unilateralmente su estrategia dominante pero termina siendo sentenciado a una pena mayor (su pago es menor) que la que hubiera recaído sobre él de haber imperado la solución cooperativa...”¹³. Esta situación nos plantea la posibilidad de

que, ante la incertidumbre de las consecuencias de sus acciones, los individuos eligen o se plantean escenarios aleatorios en los que trata de planear estrategias de forma individual para que éstas maximicen sus ganancias. Al respecto, la “teoría de los juegos” nos presenta la idea del *equilibrio estratégico*: “En aquellos juegos en los que es imposible un acuerdo vinculante entre jugadores el equilibrio constituye un conjunto de estrategias, una por jugador, en el que, al no producirse cambios en las estrategias de cada uno, nadie puede aumentar sus ganancias de este modo. La interdependencia estratégica plantea el problema de un posible retroceso infinito según cálculos estratégicos del tipo: “si el otro cree que yo voy a elegir *a* él elegirá *b*, pero si elige *b* yo elegiré *c* (...) y así sucesivamente.” Esto no ocurre cuando las estrategias están en equilibrio (...) en un equilibrio la elección de estrategias de los jugadores concuerdan con sus esperanzas...”¹⁴.

En resumen, una iniciativa colectiva fracasa cuando los intereses particulares impiden obtener un resultado óptimo. En este caso, la acción colectiva que se planteó en Venezuela con los hechos del 11 y 12 de abril del 2002, bien podrían tener como uno de los factores del fracaso de la desobediencia civil y militar la aparición de los *free rider* o *gorrones*, quienes ante el numeroso grupo que conformaba la acción colectiva estimaron que, ante el aparente éxito de la desobediencia, las ganancias a repartir se verían reducidas si éstas se otorgaban de manera equitativa. Entonces, podríamos deducir a priori que un factor determinante en el fracaso de la desobediencia civil y militar del 11 y 12 de abril de 2002, explicado desde la teoría de la acción colectiva, se produce por el desequilibrio de estrategias y las posiciones adelantadas que tomaron los sectores de Fedecámaras y de la FAN a la hora de administrar las ganancias de la acción colectiva. En vista de que cada individuo y cada grupo posee una independencia estratégica tomada en función, primero, de la incertidumbre de no conocer y temer por las estrategias de los demás miembros del grupo; y segundo, de que la elección de los demás no le dé un beneficio óptimo. Por tanto, reflexionará acerca de qué va a obtener mediante un considerable sacrificio. En este caso, como los grupos empresarial y militar no estarían seguros de las consecuencias de sus acciones optaron por una *elección racional*. En tal sentido, la actuación de estos dos sectores involucrados en la acción colectiva presupone una acción motivada por la racionalidad, en vista de que al adelantarse a suponer que su participación en un bien colectivo obtenido

sería inferior a los costes aportados para la realización de la desobediencia, decidieron abandonar la estrategia supuestamente concertada por la totalidad de los sectores involucrados en la desobediencia civil. Tomando en cuenta el hecho de que la gran cantidad de sectores implicados en un solo grupo esperan obtener beneficios de la acción colectiva en base a sus aportaciones particulares, pero cuando el fin común se logra gracias a la acción del grupo compacto, la repartición de beneficios particulares, es decir, para cada sector resulta imperceptible. Creando con ello frustración e imposibilidad de llegar a acuerdos beneficiosos para todos, y con esto se vería afectado el éxito de la acción colectiva. Cosa que difícilmente ocurre cuando un grupo que emprende una acción colectiva es pequeño.

Si bien es cierto, la desobediencia civil y militar llevada a cabo el 11 y 12 de abril dejó un mal sabor para quienes la organizaron y apoyaron, ésta serviría de precedente para que los mismos sectores políticos, militares, económicos, laborales y de la sociedad civil emprendieran otro intento de desobediencia civil como forma de acción colectiva (*juego con repetición*) con el mismo fin de crear las condiciones necesarias para hacer dimitir el gobierno de Chávez. Este proceso se inicia formalmente el 2 de diciembre del 2002 con un paro general que se extendería sin tenerlo previsto hasta el mes de febrero del 2003 e igualmente sin resultados para el frente opositor, generando mayor frustración en la sociedad civil, y en los sectores que apoyaron dicha acción.

5. Las nuevas solidaridades sociales: la irrupción de la sociedad civil

Si tomamos en cuenta que para muchos el hecho de que estuvieran reunidos en un solo frente diferentes sectores y clases sociales, muchos de ellos antagonicos históricamente, como el caso de sectores empresariales y sindicales, éste sería un factor determinante para que tal acción colectiva no prosperara. No obstante, en Venezuela la desobediencia se da con un fuerte sentido de “conciencia de clases” con ámbitos de acción bien definidos. Al respecto, el especialista en el análisis de los movimientos sociales y la acción colectiva, S. Tarrow afirma pensando en K. Marx, que “La gente se suma a acciones colectivas (...) cuando la clase social a la que pertenece está en contradicción, plenamente desarrollada, con sus antagonistas...”¹⁵. Sin embargo, esta apreciación marxista anteriormente puesta en tela de juicio por Olson,

se corrobora en el caso venezolano. Y es que, como en los sucesos de abril, el segundo intento de desobediencia civil en diciembre ya contaba con una plataforma organizativa para tal acción, es el caso de la Coordinadora Democrática, que fungía como punto de encuentro de los sectores aglutinados para obtener un “bien colectivo” (la salida del presidente Chávez del poder). Incluso, la Coordinadora tenía como núcleo unificador la alianza Fedecámaras-CTV, produciéndose “nuevas solidaridades sociales”. En este frente, al que podríamos denominar “el grupo organizador de la acción colectiva”, se trataron de generar factores de unidad contra intereses sectoriales o personales, y anteponer un interés nacional frente a los intereses contrapuestos presentes hacia dentro de su estructura organizativa. Por tanto, las apreciaciones marxistas podrían quedar en evidencia, en vista de que en éste, como en otros casos que se enmarcan dentro de una democracia liberal, “...los trabajadores incluso se aliaban a menudo con los capitalistas, lo que sugiere que hace falta algo más que la lucha de clases para generar una acción colectiva en su beneficio...”¹⁶. La situación de la oposición en Venezuela es poco usual, las instituciones llamadas para hacer contrapeso político al gobierno como partidos políticos y grupos de interés, se ven llamadas a unirse con sindicatos, Iglesia, medios de comunicación, ONG’s, sectores militares... en fin, todo tipo de asociación civil para hacer un frente común contra el gobierno. Por tanto, sería oportuno hacer referencia al sociólogo italiano Francesco Alberoni, quien ve en este tipo de movimientos colectivos una forma de cambio social al que llama proceso de *estado naciente*: “...el estado naciente representa un momento de discontinuidad, bien bajo el aspecto institucional o bien bajo el aspecto de la vida cotidiana. El estado naciente tiene una cierta duración: con su comienzo se interrumpen las características de las relaciones sociales institucionales y las formas de la vida cotidiana y el subsistema social que está implicado entra en un nuevo estado con propiedades especiales. En un determinado momento, el estado naciente cesa y el sistema social vuelve al ámbito de la vida cotidiana y de las formas institucionales, pero después de haber experimentado una transformación”¹⁷.

En este sentido, Alberoni apunta a que en este proceso de ruptura se produzcan *nuevas solidaridades* entre los agentes implicados en tal movimiento. Por ello, se estaría percibiendo en el caso venezolano que, por ejemplo, la Fuerza Armada sea portavoz de ciertos sectores de la sociedad civil, o que el sector sindical se una con el patronal. Estas

nuevas solidaridades que se producen en el estado naciente implicarían cambios profundos con el fin de generar nuevas instituciones. Este proceso originó en el país políticas gubernamentales consideradas arbitrarias que pudieran estar afectando los intereses de los sectores involucrados en la desobediencia civil. Al respecto, Alberoni argumenta: “Los miembros de las *clases amenazadas de desclasamiento* y los de *las clases en ascenso* tienen (...) en común la decepción respecto a un orden en el que habían creído y, ante la imposibilidad de realizarse, se ven arrastrados a explorar vías alternativas...”¹⁸. Por consiguiente, cuando se producen los dos intentos de desobediencia civil en Venezuela, los sectores envueltos en la acción colectiva siempre estuvieron en el límite de practicar acciones no institucionales, o incluso de adoptarlas como sucedió el 11 de abril. Lo que indica que ante medidas de presión consideradas injustas, se responde igualmente con mecanismos más radicales, todo con el fin de transformar el ordenamiento jurídico que les es hostil. En otras palabras, “la lógica de la desobediencia civil” no excluye la violencia, sino que la considera un último y desesperado recurso, que no siempre tendrá el efecto esperado. Pensando en estos elementos, Cohen y Arato sostienen que la desobediencia civil como acción colectiva se mueve entre la insurrección (extrainstitucional y tendiente al radicalismo autolimitado) y la institucionalización (como derecho que tiene la sociedad civil para protegerse y representarse con vista a la legitimidad y la participación política)¹⁹. Por las razones expuestas, la desobediencia civil en su forma de acción colectiva, más que un instrumento extralegal utilizado por la sociedad, debe ser la alternativa (cuando se hayan agotado las formas institucionales de participación política) para la recuperación, expansión y consolidación tanto de los derechos ciudadanos como de la democratización. Para la lógica de la acción colectiva, por ejemplo, un grupo numeroso no organizado no tiene posibilidades reales de alcanzar mayor éxito en cuanto a los objetivos esperados. La organización implica que el grupo se coordine en diferentes sectores para lograr mayor éxito. De allí que los sectores prefieren actuar de manera conjunta con otros sectores para minimizar sus costes, que si lo hicieran de forma individual, pero en la repartición de ganancias, éstas al ser compartidas con todos los miembros del grupo generan un beneficio particular mínimo, en tal sentido, “Olson sugiere que (...) a mayor tamaño el grupo tiene menos posibilidades de ser privilegiados. Esto se debe a la necesidad de repartir el beneficio

colectivo entre un número mayor de personas y las dificultades que entraña coordinar los esfuerzos de un grupo nutrido de personas. Desde su punto de vista, lo mejor que pueden hacer los grupos grandes para remediar este problema es organizarse en forma de federación compuesta de pequeños subgrupos en que puedan surgir las personas coaliciones que contribuyen unilateralmente a producir el bien público”²⁰.

De este planteamiento, podemos deducir que bien podría haberse presentado esta situación dentro de la Coordinadora Democrática, ya que al percibir ciertos sectores (sobre todo económicos) que su contribución iba a ser mucho mayor que sus ganancias (en vista de lo que significa un paro general y por un tiempo indefinido) su conducta racional le llevaría a no participar efectivamente en la acción colectiva. Sobre todo si actúa con cautela y resquemor al tener la referencia del 11 y 12 de abril. Sin embargo, una de las razones por la cual los sectores involucrados en la desobediencia civil deciden unirse en un frente común, aún y cuando existen recelos y desconfianzas, podría deberse entre otros factores a que “...el problema de la acción colectiva es agregativo: como implicar a la mayor proporción posible de un grupo en una actividad en aras del bien colectivo del mismo (...) Sólo de este modo podía el grupo convencer a sus oponentes de su fuerza (...) Olson postulaba que sólo los miembros importantes de un grupo grande tienen el suficiente interés en el bien colectivo de éste como para hacerse cargo de su liderazgo...”²¹. Por esta razón, todos los sectores intervinientes en la acción colectiva, independientemente de sus razones y del manejo que de este conglomerado se haya hecho para participar en ella, conforman un factor decisivo para la consecución de sus objetivos, los cuales deben estar claramente delimitados para evitar confusiones y posteriores frustraciones por parte de los participantes si no llegasen a materializarse los fines propuestos por quienes dirigen la acción colectiva. De ahí que, al reunir un número significativo de personas, llega a superar cualquier impedimento, barrera o contradicción política, social, económica o ideológica. Pues en gran parte todo depende, según Tarrow “...de qué proporción del grupo participa en la acción colectiva, ya que si sus líderes no son respaldados por un número suficiente de miembros, sus oponentes carecen de motivos para tomarles en serio”²². Esta deducción lógicamente expresa la importancia del factor cuantitativo para que una acción colectiva genere impacto y sea tomada en cuenta como movimiento importante por parte de las autoridades a quienes va dirigida. Empero, la afiliación de un

gran número de grupos y personas a la acción colectiva podría no llegar a ser determinante, ya que la cualificación o la importancia que reviste para las autoridades gubernamentales algunos sectores de la sociedad por encima de otros sería la clave para que la movilización surta efectos. Teniendo en cuenta que: Aunque es cierto que “sacar a la calle” a un gran número de personas puede ser importante indicador del poder de un movimiento, el *número* de individuos que tiene que participar en él depende de la “estructura de la lucha” de que se trate (...). De hecho, para algunas formas de acción colectiva, el número de participantes es incluso inversamente proporcional al poder del movimiento”²³.

A partir de este argumento, se puede establecer que para las autoridades gubernamentales no es tan importante cuántos participen en la acción, sino quiénes participan. Ya que algunos sectores podrían vulnerar más las capacidades de defensa del gobierno que otros, por ejemplo, la Fuerza Armada que, en nuestro caso de estudio, puede ser potencialmente determinante para el mantenimiento del gobierno en el poder más que cualquier otro sector de la sociedad civil. Incluso, el paro por parte de los trabajadores petroleros también causó gran impacto tanto para el gobierno como para la sociedad en general, al ver los alcances que éste generó.

Es así como a pesar de que la desobediencia civil en Venezuela diariamente parecía más fuerte y respaldada cada vez por más personas, esto no garantizó el éxito de la acción colectiva. Al contrario, generó descontento, resquemores y frustración y, por ende, una actitud más radical e irascible, al observar que aunque las condiciones del movimiento eran óptimas (o por lo menos eso se creía), no obtuvieron resultados factibles. Por tanto, se hace inminente la administración racional de esta frustración²⁴. De un modo similar, la oposición venezolana llegó a desarticularse al encontrarse después de casi un año de manifestaciones permanentes en un punto de estancamiento al no obtener una respuesta satisfactoria ni del gobierno, ni de sus líderes más directos, concluyendo todo en dispersión y decepción. Es decir, el movimiento en desobediencia perdió organicidad y contundencia. Por tanto, podríamos aseverar que lo que empezó como grupos aislados y luego unificados en la llamada Coordinadora Democrática, internamente presenta la más importante de las paradojas de la acción colectiva, en el sentido de que toda acción colectiva puede surgir sólo entre los mejor dotados o más valerosos de

estos grupos, pero las conexiones entre ellos afectan la posibilidad de que la acción de un acto social estimule otra²⁵.

Aquí podríamos aproximarnos a lo que sin duda constituye una de las pugnas internas dentro del frente opositor que fueron decisivas en el fracaso de la desobediencia civil como forma de acción colectiva. Incluso podría llegar a especularse que los líderes que tomaron las riendas de la desobediencia por considerarse los “mejor dotados” dentro de la Coordinadora Democrática no causaron la contundencia deseada, porque sus planteamientos y exigencias frente al gobierno no fueron tomados por éste como legítimas y representativas. Por ello, durante el largo período de manifestaciones, incluido el paro general, las élites políticas no responden a las exigencias de cualquier grupo, movimiento o individuo, sino al grado de turbulencia generado y a las demandas planteadas por élites y grupos de opinión que pueden no corresponderse con las exigencias planteadas por aquellos a quienes dicen representar.

Finalmente, podemos decir que para que una acción colectiva tenga asidero ésta será siempre el resultado de decisiones individuales tomadas dentro de una configuración organizacional. Ni una acción individual ni una grupal solamente bastan para llevar a cabo una acción que vulnere el poder estatal. Hace falta verdadera coordinación, no tanto desinteresada sino que sepa dar respuesta a quienes participan en la acción colectiva, para así evitar frustraciones y actitudes radicales. Pues es bien sabido, según Tarrow, que “...la acción que ha comenzado en las calles se resuelve en los centros de gobierno o por intervención de las bayonetas del ejército...”. Es así como la unidad por parte del frente opositor y su entendimiento con el gobierno son la base para superar la crisis de gobernabilidad, y en este caso para evitar que un acto de desobediencia civil degenera en formas de acción política de fuerza.

6. Conclusiones

Los hechos del 11 de abril y 2 de diciembre del 2002, son lo suficientemente intrincados como para que la racionalidad y la emotividad permanezca en esferas separadas. Por ello, la paradoja que este artículo se ha propuesto develar es la falta de éxito de una desobediencia civil como mecanismo para desconocer un gobierno tendencioso al autoritarismo. La acción colectiva planteada para tal fin se encuentra ante una situación binaria, entre racionalidad y emociones. Tales factores alteraron el curso de la acción colectiva, no sin antes dejar

de mencionar que dichas conductas siempre están presentes en una acción de este tipo, generando con ello constantes resquemores. Estas desconfianzas o conductas no cooperativas producto de la falta de acuerdos previos sobre la jugada que pueda realizar el otro (conducta racional), conllevan a que la acción total de grupo encaminada hacia un mismo fin que beneficie a todos (conducta emocional) se desmorone. En este sentido, la Teoría de la Acción Colectiva nos permite explicar qué mueve a los individuos racionales a cooperar en acciones colectivas como el caso venezolano. A partir de esta breve descripción se verifica que los individuos que intervinieron en la desobediencia civil en Venezuela como forma de acción colectiva, prefirieron asumir los costos que conlleva actuar en beneficio de todos, cuando consideraron que de esta forma se obtendría un beneficio mayor que de hacerlo unitariamente. Asimismo, el estímulo que los llevó a tal unidad fue incrementado por el gobierno, al preferir los desobedientes una asociación heterogénea que claudicar ante las arbitrariedades del gobierno de Chávez. Ninguno de los partidos políticos, grupos de interés, ONG's, Iglesia o medios de comunicación poseían la capacidad suficiente como para emprender una lucha en solitario. Por tanto, la mejor forma era aglutinar intereses contrapuestos, hacerlos generales y procurar un beneficio colectivo. De allí que se presente el problema de "organizar y mantener grupos socialmente heterogéneos. Esto indica que la acción colectiva que se planteó la oposición venezolana así conformada, "reduce el consenso" con lo que se vuelve cada vez menos probable.

No obstante, nuestra paradoja radica en que es innegable que la suma de esfuerzos y voluntades que hicieron posible las tentativas de desobediencia civil en Venezuela siguiendo la conducta emotiva que casi logra su objetivo, fracasa. Producto de una conducta racional dentro de la acción colectiva que intentaba aparentar una unidad de propósitos a toda prueba, pero que dentro de sus estructuras se privilegiaba el beneficio individual (elección racional). Y es que, aunque la lógica de la acción colectiva nos ratifique que todos salen favorecidos si la cooperación se generaliza que si nadie coopera, lo que tratamos de explicar es que a cada uno de quienes integran la acción colectiva les conviene no cooperar si obtienen sin mucho esfuerzo los mismos bienes colectivos que los demás quienes ayudaron a generar con su aporte efectivo (*free rider*). Sobre todo si se calcula el costo-beneficio que su aportación le compensara a la hora de repartir ganancias. En otras

palabras, mi aporte será mucho o poco dependiendo de la recompensa que voy a obtener. Y como en un grupo tan numeroso los beneficios muchas veces no compensan lo invertido, lo racional es no contribuir si igualmente me voy a beneficiar del trabajo de los demás.

Trasladando estas inferencias a lo ocurrido en Venezuela el 11 de abril, sostenemos que hubo un *free rider* o *gorrón* dentro de la acción colectiva que de alguna forma logró la deposición de Chávez. Cuando Pedro Carmona decide aprovecharse de los alcances de la desobediencia civil y militar, está acudiendo a una elección racional. Las razones, muy sencillas. A la hora de repartir ganancias, sus aportes a la acción colectiva (por demás considerables) no se corresponderían con sus beneficios, pues en el mejor de los casos, seguiría siendo el presidente de Fedecámaras. Pero al “ofrecérsele” la Presidencia de la República, prefiere soslayar a toda la oposición que contribuyó con la acción, maximizando así su ganancia particular. No teniendo en cuenta que esto traería peores resultados para él y para toda la oposición. No obstante, lo ocurrido el 12 de abril nos remite a otra situación. El no estar presente Carlos Ortega como figura clave que respaldaría el gobierno de Carmona, nos lleva a especular que entre estos actores se produce un *dilema del prisionero*. Es decir, ambos actores no antepusieron sus intereses colectivos a los individuales, adoptando medidas sin consultar al otro. Esta conducta racional de maximización de beneficios los llevaron a sufrir las consecuencias peores para ambos y para el resto de la nación.

Para esquematizar esta proposición es necesario establecer las estrategias que rigen este juego. La estrategia “lealtad” consiste en que ambos actores cooperan efectivamente sin recurrir a la alternativa que es la “traición”. Asimismo, encontraremos un *orden de preferencias* o estrategias anticipadas de los posibles resultados para procurarse la máxima ganancia o las mínimas pérdidas. Éstas van desde las más gustadas hasta las menos deseadas, según convenga a cada jugador. Para luego proceder a efectuar una *matriz de pago* en la que se constata el efecto de las posibles decisiones.

Orden de preferencias

	Primera preferencia	Segunda preferencia	Tercera preferencia	Cuarta preferencia
CARMONA	Ambos son leales (1)	Carmona traiciona- Ortega es leal (2)	Ortega traiciona- Carmona es leal (3)	Ambos se traicionan (4)
ORTEGA	Ambos son leales (1)	Ortega traiciona- Carmona es leal (2)	Carmona traiciona- Ortega es leal (3)	Ambos se traicionan (4)

Matriz de pago

ORTEGA

Lealtad

Traición

1/1	2/3
3/2	4/4*

CARMONA

Lealtad

Traición

Esta matriz de pago indica que el resultado para ambos ha sido peor que si hubiesen sido leales. Sin embargo, lo que intenta demostrar este juego (sin ánimos de simplificar una situación crítica como ésta) es que la estrategia más segura era traicionar al no conocer la actitud a tomar por parte del otro jugador. Es decir, Carmona y Ortega se encontraron encerrados en sus propias incertidumbres, en la elección unilateral de estrategias que propiciaron que la iniciativa colectiva fracasara. La solución cooperativa hubiera permitido obtener un resultado óptimo, pero ambos propiciaron la deslealtad mutua. Para Ortega, mantener a Carmona aún con su traición, hubiera sido mejor que devolver a Chávez al poder. En esta jugada política no hubo ganadores, todos perdieron.

Ya para la tentativa de desobediencia civil y militar iniciada el 2 de diciembre, no se tomó en cuenta que para los fines de la Coordinadora Democrática resulta más beneficiosa la estrategia “cooperar” que “traicionar”. Pues si se recurre como en efecto ocurrió al “ojo por ojo”:

yo coopero si tú cooperas, si traicionas yo seré un traidor, la utilidad para todos es peor. Lo que indica que las conductas racionales no siempre son las más favorables, aún y cuando éstas ofrezcan conjeturas seguras. En otras palabras, cada individuo que actúa de manera racional tiene un motivo para aprovecharse del otro, pero como todos tienen el mismo motivo, el resultado es que se debilita el esfuerzo colectivo. Es decir, la racionalidad individual produce la “*irracionalidad colectiva*”. Por tanto, el colaborar o lo que para muchos es dejarse explotar, tiende a redituarse. Lo equilibrado para resolver un problema de este tipo entre los miembros de un mismo grupo es garantizar una utilidad lo suficientemente satisfactoria como para que ninguno de los vinculados se sienta tentado a romper los acuerdos de la coalición.

Proyecciones para el devenir político-electoral venezolano

Tal vez resulte osado precipitarse a dar una demostración de los posibles escenarios por venir en Venezuela en un clima de tanta tensión, al encontrarnos a pocos meses de la realización de un referéndum revocatorio adverso al presidente Chávez, y lo que los más temerarios vaticinan como una etapa de gran conflictividad política y social. Sin ánimos de pretender adelantar el curso de los hechos, se hace necesario que la Ciencias Políticas se constituyan en un soporte de erudición y no meramente especulativo acerca de la realidad venezolana. Lo expuesto en el aparte anterior demuestra cómo un instrumento como la “teoría de los juegos” es capaz de diafanizar una situación tan confusa como los hechos del 11 de abril y 2 de diciembre del 2002, y que aparentemente aún no tiene explicaciones satisfactorias tanto para el ciudadano común como para los académicos, y sin que intervenga el sesgo de las partes en conflicto. La siguiente demostración estará encaminada a presentar a priori las posibles decisiones de los protagonistas de este juego: gobierno y oposición.

Como en todo juego, siempre están presentes los comportamientos estratégicos de los jugadores, y de sus conjunciones y decisiones dependerá el resultado. Es decir, los comportamientos estratégicos se adoptan teniendo en cuenta la influencia que para el resultado más codiciado para cada jugador ejercen las decisiones propias y ajenas. En este caso, apelaremos a los llamados “juegos sin transferencia de utilidades” o aquellos juegos conocidos por ser “no cooperativos”, en los que los jugadores no pueden llegar a acuerdos previos.

Siendo de perogrullo que a las puertas del referéndum revocatorio, gobierno y oposición poseen visiones muy diferentes del mismo, en este caso acudiremos al juego conocido como “**la guerra de los sexos**”. Hay dos jugadores, “EL” y “ELLA”, valores que serán intercambiados para nuestra mayor comprensión en “Gobierno” y “Oposición” respectivamente. Cada uno de los jugadores puede elegir entre dos posibles estrategias que denominaremos “Sí” y “No” con respecto a su favoritismo o no con el referéndum. Por tanto, cada uno elegirá su orden de preferencias, de lo más a menos optado según su conveniencia, y su respectiva matriz de pago.

Orden de Preferencias para “ÉL” = Gobierno

Gobierno (No) – Oposición (No)

Gobierno (No) – Oposición (Sí)

Gobierno (Sí) – Oposición (No)

Gobierno (Sí) – Oposición (Sí)

Orden de Preferencias para “ELLA” = Oposición

Oposición (Sí) – Gobierno (Sí)

Oposición (Sí) – Gobierno (No)

Oposición (No) – Gobierno (Sí)

Oposición (No) – Gobierno (No)

Matriz de pago

Oposición

Sí No

4/1 3/3

2/2 1/4

Sí

Gobierno

No

4/1	3/3
2/2	1/4

Como podemos observar, al no existir coincidencia en la elección y cada jugador escoge su estrategia máxima, el resultado para ambos es *subóptimo* y no se produce un equilibrio. Al trasladar esta presunción a nuestro caso de análisis, nos damos cuenta que tal como está planteado

el orden de preferencias para cada jugador, los resultados tienden a no variar. En otras palabras, en los puntos en que coincide la estrategia de cada jugador no existe la posibilidad de referéndum, en cuanto ninguno ha establecido una coordinación previa. Lo que para nosotros dificulta la situación es que no existe la voluntad de ambas partes para que ello ocurra, generando con ello mayor incertidumbre sobre la estabilidad política y democrática del país.

Veamos, en una situación así se pueden presentar conjeturas de este tipo: ninguno de los jugadores puede anticipar racionalmente qué va a hacer su rival. Si se les concede la posibilidad de comunicarse entre sí, pueden enfrascarse en un juego de propuestas y contrapropuestas antes de alcanzar un compromiso final. Ninguno de los dos desea renunciar al mayor de los beneficios.

Es axiomático que el grado de polarización y conflictividad política que envuelve a gobierno y oposición se hace cada vez más onerosa. En un clima político como éste, las estrategias de ambos jugadores tienden a ser más provocadoras. Por tanto, podríamos proyectarnos el modelo **“halcón–paloma”**. En este juego, halcón se refiere a los políticos partidarios de estrategias más agresivas, mientras que paloma, los más pacifistas. Este modelo sirve para analizar situaciones de gran conflictividad en la que se debaten tácticas pendencieras y conciliadoras. En el escenario político venezolano la estrategia halcón se caracteriza por la fuerza y la violencia, y paloma por estabilidad y consenso. En un caso en el que un jugador decida la estrategia halcón y proceda violentamente y el otro elige paloma, es decir, paz, el halcón gana y la paloma pierde. Quien elija halcón obliga al segundo jugador a elegir paloma, la menos mala, pero también la más desventajosa. Lo determinante en este juego radica en el orden en que los jugadores elijan sus estrategias. Aquí igualmente se presentan las preferencias de ambos jugadores, partiendo de las más conveniente para anular al otro.

Orden de Preferencias para el Gobierno

- Gobierno (halcón) – Oposición (paloma)
- Gobierno (paloma) – Oposición (paloma)
- Gobierno (paloma) – Oposición (halcón)
- Gobierno (halcón) – Oposición (halcón)

Orden de Preferencias para la Oposición

- Oposición (halcón) – Gobierno (paloma)
- Oposición (paloma) – Gobierno (paloma)
- Oposición (paloma) – Gobierno (halcón)
- Oposición (halcón) – Gobierno (halcón)

Matriz de Pago

Oposición

paloma halcón

paloma
Gobierno
halcón

2/2	3/1
1/3	4/4*

Aquí vemos que la situación peor para ambos es cuando los dos jugadores se inclinan por la estrategia halcón. Sin embargo, el hecho de que ambos jugadores antepongan en sus preferencias una solución halcón-paloma como la que en determinado momento les traería mayores beneficios al no conocer la estrategia que va a seguir el otro, entraña un gran peligro. Pues el hecho de que ambos jugadores, gobierno y oposición, sospechen que el otro se inclinara por halcón, entonces ambos tienen motivos para escoger esta estrategia.

Volviendo a la realidad, es por todos conocidos la actitud agresiva del gobierno de Chávez para con la oposición, reaccionando ésta con igual agresividad para intentar disuadir y deponer el gobierno de Chávez. Uno y otro tienen que replantearse sus propósitos si no quieren verse abocados a la catástrofe. Para cualquier jugador resulta extremadamente peligroso llevar su compromiso de no ceder a las últimas consecuencias si sospecha que su rival no va a ceder. Aunque puede llegar un momento en que las alternativas sean más limitadas y la dilación del conflicto podría conducirnos a un punto en el que nuevamente sea planteada una situación en la que no exista posibilidad de esquivar la violencia.

Encuentro necesario que se evalúen las aproximaciones nada desdeñables que a través de la teoría de los juegos nos ofrece las Ciencias Políticas. Y a pesar de que lo aquí trazado no resulta precisamente alentador, de alguna manera también se demuestran posibles soluciones para alterar lo que parece irreversible. En los juegos las estrategias pueden estar muy claras, pero los resultados son en muchos casos impredecibles, al igual que la conducta humana. Con la desobediencia civil sólo se logró que la crisis política hiciera metástasis y descendiera al nivel de la confrontación como el que hoy en día pone en peligro la sociabilidad de la nación. La sensación que dejó Carmona se reflejó de la siguiente forma: dejó afuera a todos sus aliados. Desapareció a la enorme oposición de la que él era sólo una parte. Sin embargo, quienes se rasgaron apresuradamente las vestiduras no en defensa de las formas jurídicas sino a favor de sus puntualidades políticas, terminaron por minar la provisionalidad, con consecuencias que aún está pagando la oposición. En lugar de ayudar a la consolidación y a enderezar entre todos las cargas en el camino hubiera permitido el no retorno de Chávez al poder, aún y con las consecuencias infaustas para el país de mantener el gobierno de Carmona. De esta forma la acción colectiva habría resultado exitosa. Sólo la urdimbre cooperativa reditúa.

Notas

- ¹ Cohen, J L y Arato, A. *Sociedad Civil y Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica. México, 2002. pp.654
- ² Aunque estos dos tipos de desobediencia civil son “ofensivos” en el sentido de ser instrumentales y estratégicos (el objetivo es un cambio en la política o en la ley), debemos distinguir adicionalmente entre dos tipos de estrategia: “estrategias de persuasión dirigidos a obligar a la mayoría a escuchar los argumentos en contra, con la esperanza de que después cambiarán de opinión, y estrategias no persuasivas, dirigidas a incrementar los costos de llevar a cabo una política, con la esperanza de que la mayoría encontrará los nuevos costos inaceptablemente altos” (En Cohen, J L y Arato, A: Op. Cit.).
- ³ “...si el poder proviniese simplemente del cañón de un arma, la enorme disparidad existente en nuestros días entre los medios de violencia de que disponen el Estado y la población civil, respectivamente, haría más que improbable el éxito de una rebelión y convertiría el intento mismo de ella en una aventura temeraria y descabellada...” (En Randle, M. *Resistencia Civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*. Paidós, España, 1999, pp.17-18).

- ⁴ Aunque en aras de la eficacia no pueda justificarse éticamente la utilización de cualquier método, si la finalidad de la desobediencia es política y moralmente legítima, el desobediente debería aspirar también a utilizar procedimientos que aseguren la eficacia de la acción sin merma de su legitimidad. Porque puede haber situaciones de auténtica emergencia, en las que la desobediencia, si se atiene estrictamente a la ortodoxia de las definiciones académicas, no tenga efectividad (En Pérez, J A. *Rebelión en la Sociedad Civil. Manual para Ciudadanos Cabreados.* Flor del Viento. España, 1999, p. 125).
- ⁵ Rivera, J M. “Intereses, Organización y Acción Colectiva”, en: Benedicto, J y Morán, M L (eds). *Sociedad y Política.* Alianza Madrid, 1995, p. 275.
- ⁶ Olson, M. “La Lógica de la Acción Colectiva”. En: Batle, A (ed.). *Diez textos básicos de Ciencia Política.* Ariel, Barcelona, 1992, p. 204.
- ⁷ *Ibíd.*, p. 213.
- ⁸ Klose, P M. *Elección Racional.* Colección Cuadernos Metodológicos. N° 29, Madrid, 2000, p. 87.
- ⁹ *Ibíd.*, p. 88.
- ¹⁰ Rivera, J M. Op. Cit. p. 275.
- ¹¹ Revilla Blanco, M. “Participación Política: Lo Individual y lo Colectivo en el Juego Democrático”, en: Benedicto, J y Morán, M L. *Sociedad y Política.* Alianza, Madrid, 1995, p. 306.
- ¹² Klose, P M: Op. Cit. p. 96.
- ¹³ *Ibíd.*, p. 89.
- ¹⁴ Ward, H. “La Teoría de la Elección Racional”, en: Marsh, D y Stoker, G (eds). *Teoría y Métodos de la Ciencia Política.* Alianza, España, 1995, pp.88-89.
- ¹⁵ Tarrow, S. *El Poder en Movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política.* Alianza, España, 1997, p. 36.
- ¹⁶ *Ibíd.*, p. 37.
- ¹⁷ Pasquino, G F. “Participación política, grupos y movimientos”, en: Pasquino, G F (comp.). *Manual de Ciencia Política.* Alianza. Madrid, 1988, p. 206.
- ¹⁸ *Ibíd.*, p. 206.
- ¹⁹ Cohen, J L y Arato, A. *Sociedad Civil y Teoría Política.* Fondo de Cultura Económica. México, 2002, p. 638.
- ²⁰ Klose, P M: Op. Cit. p. 96.
- ²¹ Tarrow, S: Op. Cit. p. 41.
- ²² *Ibíd.*, p. 44.
- ²³ *Ibíd.*, p. 45.
- ²⁴ Esto sin duda presenta otro dilema para la acción colectiva, en vista de que “...la demostración de fuerza numérica y solidaridad puede convencer a los participantes de que son más fuertes de lo que realmente son; por

otra, el uso de un repertorio convencional crea certidumbre e incluso aburrimiento acerca de los resultados de una manifestación. La resultante del primer problema es que, al exagerar su fuerza, los activistas del movimiento pueden forzar confrontaciones con las autoridades, que perderán casi con total seguridad, distanciando a simpatizantes y seguidores potenciales (...) Un resultado de esta falta de impacto es que algunos militantes tienden a formas de actividad política más rutinarias, mientras que otros se sienten tentados por formas más extremas de acción colectiva, violencia y simbolismo para atraer la atención y radicalizar las confrontaciones con la autoridades. El resultado final son fraccionamientos y escisiones (...) y la aceleración de su proceso de descomposición” (En Tarrow, S: Op. Cit., pp. 52-53).

²⁵ Cf. Tarrow: Op. Cit., p. 56.

Referencias bibliográficas

- Bobbio, Norberto y Matteucci, Incola. *Diccionario de Política*. Siglo XXI, México, 1981.
- Cohen, J L y Arato, A. *Sociedad Civil y Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Ellner, S y Hellinger, D (eds). *La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto*. Nueva Sociedad, Caracas, 2003.
- Hobbes, T. *Del Ciudadano*. Debate, Colección Clásicos del Pensamiento, Madrid, 1992.
- Klose, P M. *Elección Racional*. Colección Cuadernos Metodológicos, N° 29, Madrid, 2000.
- Olson, M. “La Lógica de la Acción Colectiva”, en: Batlle, A. (ed). *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Ariel, Barcelona, 1992.
- Pasquino, G F. “Participación Política, grupos y movimientos”, en: Pasquino, G F. (comp.). *Manual de Ciencia Política*. Alianza, Madrid, 1998.
- Pérez, J A. *Rebelión en la Sociedad Civil. Manual para Ciudadanos Cabreados*. Flor del Viento Editores, España, 1999.
- Randle, M. *Resistencia Civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*. Paidós, España, 1998.
- Rawls, J. *Teoría de la Justicia*. Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1993.
- Revilla Blanco, M. “Participación Política: Lo Individual y lo Colectivo en el Juego Democrático”, en: Benedicto, J y Moran, M L (eds). *Sociedad y Política*. Alianza, Madrid, 1995.
- Rivera, J M. “Intereses, Organización y Acción Colectiva”, en: Benedicto, J y Moran, M L (eds). *Sociedad y Política*. Alianza Madrid, 1995.
- Sills, D. *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Aguilar, España, 1979.

- Tarrow, S. *El Poder en Movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política.* Alianza, España, 1997.
- Thoreau, H D. “Desobediencia Civil”, en: Borstin, D. (comp.). *Compendio Histórico de los Estados Unidos.* Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- Ward, H. “La Teoría de la Elección Racional”, en: Marsh, D y Stoker, G (eds). *Teoría y Métodos de la Ciencia Política.* Alianza, España, 1995.